

20 – 2020

Un día común y corriente

Llovía. Tiré el abrigo mojado y me sacudí el pelo. Camino a la cocina. Cuatro zumbidos del wasap, cuatro mensajes:

—Hola. Soy mamá. Llámame cuando puedas. Un beso.

—Marce, sé que estás allí. Lo que viste hoy no es lo que crees.

Ella fue quién me beso. Quiero contarte. Te llamo más tarde.

—Señora Méndez ya está lista su ropa. Puede pasar a recogerla.

—Señorita, su cita con Psicología está confirmada para mañana 20 de noviembre a las ocho de la mañana, se le enviará el link.

El agua ya hervía; puse una bolsita de té y subí al cuarto. Me quité el pantalón mojado, junto con los zapatos. El suéter gris salió de otro tirón. Me desplomé en la cama. Mi mamá, Ricardo, la ropa, la cita. Tumbada, rumié mis furias. Que vaina, todo se ve mal. No voy a mover un dedo para retener a Ricardo ¡Que se pudra!

Me incorporé. ¡Al diablo con mi madre! Debe estar con sus amigas en el club, jugando cartas. El té estaba caliente. He perdido el recibo de la lavandería, toda mi ropa está allá. No tengo nada limpio. Mamá, estará encantada. Nunca aceptó a Ricardo, envejece de forma insoportable y me irrita. Dejé la taza a un lado.

Descolgué el teléfono y tomé un somnífero. Soñé de nuevo con los leones y el agua.

Me desperté ansiosa, como de costumbre. Uff...a las ocho debía conectarme, terapia virtual, ya no sé qué es más raro eso o el mundo.

Al salir, decidí pasar por la lavandería. Señora, he perdido el recibo, mi voz sonaba sorda por el tapabocas. Soy Marcela Méndez. ¿Cómo solo aparecen dos prendas? ¡Maldita sea! Era lo que me faltaba. Mi ropa a la caridad. Eran tres pantalones oscuros, dos suéteres, uno rosa y el otro negro, tres vestidos cortos de algodón, una falda negra y una chaqueta marrón. ¡Maldición! débito por favor: son ochenta y nueve mil pesos. Sí.

—Si mamá, ya sé. Escuché tu mensaje. Voy caminando.

Si, papá me llamó ayer. No, no me dijo nada. Si, se lo diré la próxima vez. Si, bueno. No, no he comido. Si, voy el sábado. Si, temprano. Chao mamá ya llegué al trabajo.

Igual. ¿Porqué diablos debería estar contando mi vida?.

¡Cola en la panadería! Me moría de hambre.

Un café y un pan de queso por favor. Gracias. Sin azúcar.

Angélica había resultado contagiada por covid, lo que faltaba. En la oficina todos nos saludábamos con gestos desde lejos. Ahora en este estado, ese bicho saltaría sobre mí feliz para terminar de comerse lo poco de mí que queda sano. Me resguardé en mi cubículo con protecciones de acrílico que más parecía una pecera.

—Hola, Mechás, no contestas. Me llamas cuando puedas. Nos vemos a las seis.

Entré a la oficina. Tenía que verlo. Ricardo es solo una máquina de ganar dinero. Solo le importa el éxito, sus malditos viajes y su carro. Nos separan mi cólera, el desprecio y su estúpido dinero. Nunca disponible, todo aplazable. Siempre mañana planéalo y nos vamos. ¿Cuándo vuelves? Me mintió, sí. Eso también es normal.

Allí estaba, con su careta de protección y con ese distanciamiento social que era peor que el afectivo.

Hola Marce.

—Ah, sí, buen día.

¿Traes el boceto del cliente?

—Sí, ya, aquí lo traigo.

Genial. Está buenísimo. ¿Dime esto es el vestíbulo?

—Sí. Es amplio y limpio. Creo que les va a gustar.

Y las escaleras ¡Ah! bien, me gusta donde quedaron.

—Sí, lo terminé anoche. Espero que no hagan más modificaciones. Me tienen ya harta con su apartamentico de amor, su nidito de ratas.

Marce, qué te pasa. Tranquila.

Don Ricardo, los señores Gómez llegaron.

Sí, ya los atiende. Gracias. Marcela buen trabajo.

Hola Marce, ¿almorzamos hoy?

—No, Miguel gracias, con todos estos líos del virus eso de comer, es lo más complicado.

—Sí, que vaina, entiendo. Mira estos bocetos del nuevo proyecto.

—Te falta anexar la lista de materiales. No olvides detallar los colores. Es algo que les gusta. Son buenos.

Por cierto, Marce, ¡te felicito muy bueno tu proyecto para los Gómez!

—Sí, algo bueno tenía que pasarme. ¡Cuidado, el alcohol!

No escuchaba más que el silencio. Me la pasé toda la tarde inmóvil, con la mirada clavada en el la pantalla. Solo lo veía a través de la ventana. Su condenada risa, hasta percibí el olor de su perfume, ese Hugo Boss que me embriagaba.

El reloj ¡carajo! ya son las seis.

—¡Ya voy! Mechás, espérame. No voy a hablarte de Ricardo. Vamos a tú apartamento un rato. Quiero beber algo. Ya te contaré lo que ocurrió.

¿Que historia prefieres? la de mi madre, la de Ricardo, la lavandería o la de mi terapeuta?

La ropa de la lavandería seguía en el auto. El teléfono había vibrado todo el tiempo. Los mensajes de wasap entraban sin compasión. Me derrumbé en el sillón. Mí cabeza explotaba.

—Marce, llámame porfa. Hoy estabas linda.

Por favor, hablemos ¿sí?

—Querida, ya hablé con tu padre. Imbécil y engreído, me dijo que sí vendría al cumpleaños. Cuídate, come bien, estas flaca.

Se te ven los huesos. Chao.

—Marce, soy Miguel.

Las once. Había dormido toda la mañana. Miguel, nada mal. Le diré que sí saldré con él. Al diablo con todo. Necesito vivir.

Directo a la ducha, enfrenté el agua con mi cara por largo rato. Era como sentir mil piquitos tibios.

A mi mamá, no la llamaré, no iré al cumpleaños. Siempre era igual. Ella dulce al principio y luego arrojaba toda serie de sapos a mi padre al igual que a su “ridícula” joven novia y la tía Clara con su consorte medio degenerado que me miraba las piernas de reojo. Viejo verde. No iré.

Miguel olía rico. Esa camisa blanca doblada con descuido le quedaba rebien. Terminé besándolo. Nada mal.

Me puse mi vestido de flores que estaba tirado en el piso y me fui, las calles vacías, faltaba más de una hora para el toque de queda.

Soñé de nuevo con los leones de piedra que no me dejaban atravesar el río. Estaba todo muy oscuro. Volví a la carretera empedrada. El auto aún estaba encendido, sus faros iluminaban como llamas el río. De nuevo me tiré al agua bajo la mirada impávida de los leones. Mis zapatos azules y el vestido de flores se acomodaban entre la corriente. Nadaba en línea recta, luchando con las aguas. Llegaba al otro lado, mojada. No veía muy bien mis pies, estiraba la mano para tocarme. A mí terapeuta le encantará.

De nuevo tres mensajes:

—Marce, hija ¿Estas bien?

—Hola ¿podemos vernos hoy? Me llamas. Te mando un beso.

—Marcela, en serio no vas a hablar conmigo. Te llamo más tarde.

Volví a Cerrar los ojos. Tan solo había llovido.

Florencia Buenaventura

